



## **CARTA SOBRE LA RECONCILIACIÓN**

Por Bernardo Nante



Quisiera reconciliarme primero con el término “reconciliación”; con la potencia de un sentido que mana de la palabra: “volver a conciliarse” es volver a reunirse pero esta vez para hacerlo en profundidad. Así, tomo “reconciliación” en el sentido de “volver a las antiguas amistades” o de “reunir los ánimos que estaban desunidos”.

Pero la verdadera “reconciliación” no es ni diplomacia pacata, ni astucia oportunista, ni tibia comodidad, ni ninguna de las múltiples formas de la tibieza. La reconciliación no pasa por discursos melosos, por exhortaciones moralistas o por emocionalismos que encubren las verdaderas intenciones con las cuales nos movemos en el mundo. “Reconciliarnos” supone ante todo reconciliarnos con nosotros mismos; cada uno consigo mismo, con su propia profundidad, para así poder hacerlo con el prójimo y con todos los niveles del ser. Pero entiéndase bien: la reconciliación con el otro no espera, sólo que esa reconciliación es veraz si va acompañada de una labor interior.

Supongamos que el destino del mundo, de nuestra humanidad, dependiera de una mínima actitud generosa, de un ínfimo movimiento de nuestra alma que por desidia aún no realizamos. Supongamos que algún resentimiento oculto en algún pliegue de nuestra psique detuviera el libre curso de la vida en la naturaleza, afectara el libre cauce de los ríos, secara las plantas, intoxicara el aire. Supongamos que el más mínimo gesto malicioso fuera un arma mortal y que cada una de nuestras omisiones privara de aire a los seres vivos.

Pero quizás lo dicho resulte algo abstracto o artificioso. Dejemos ya de “suponer”; simplemente advirtamos que a quienes asfixiamos con nuestros desaires, a quienes oscurecemos con nuestra imperceptible negrura es sobre todo a nuestros seres más queridos. Pues quien está más cerca a veces está muy lejos, precisamente por estar bien cerca de nuestra negrura o al menos de esa la banalidad cotidiana y de esa negatividad subrepticia que araña cada día el alma de quien queremos.

Si no trabajamos nuestro interior, si no transmutamos aquello que debe volver a conciliarse en nuestra psique, nuestros seres más queridos serán los primeros mártires (lit. “testigos”) de nuestra fracasada vocación humana.

La “reconciliación” es una de las voces de nuestra vocación o, si se quiere, uno de sus caminos. Y la “reconciliación” nos descubre que transitar ese camino en intimidad, y sin embargo en compañía, es más fácil.